

ofreció a presentarse con ellos en San Paulo y poner en ejecución la provisión que se les había dado. Con no muchas esperanzas salieron los Padres de Río Janeiro (1) y se presentaron por fin en la ciudad de San Paulo. Apenas pudieron conseguir nada. Corrió la voz muy pronto en la ciudad de lo que deseaban los dos misioneros, y se levantó en seguida tal tumulto contra ellos y contra el oidor Barrios, que éste juzgó imposible pasar adelante en la ejecución de su oficio. Los Poderes públicos no le apoyaron casi nada, y en cambio los aventureros se mostraban tan insolentes con él, que le dispararon algunos arcabuzazos, y una vez entre otras le arrojaron a la ventana de su aposento una saeta, en que iba cierto papel con estas palabras: «Ésta va a la ventana; la otra irá a la barriga.» Asustado Barrios, tomó la resolución de retirarse en silencio y volverse a Río Janeiro, de donde había salido.

Entretanto, los Padres, destituidos de todo favor humano, resolvieron volver al Guayrá, para ver si podían hacer algo entre sus queridos indios. Mientras ellos disponían la vuelta por Julio de 1630, supieron que de un pueblo vecino a San Paulo habían salido expedicionarios a cautivar indios. El capitán de ellos era pariente del vicario del pueblo. «*Talis sacerdos, talis populus*, dice el P. Massetta (2). ¿Qué se podía esperar de un pueblo cuyos sacerdotes disponían y dirigían tan criminales expediciones?» «Ni en tierra de turcos ni de moros, dice Massetta, se hace lo que en este Brasil.» Llegados al Guayrá, trataron de restaurar en cuanto podían las ruinas de los perdidos pueblos, pero al poco tiempo oyeron decir que se acercaban nuevas expediciones de paulistas, para consumir la ruina de las reducciones del Guayrá.

No era vano el rumor. Efectivamente, en los últimos meses de 1630 vino otro ejército mayor y empezó a acometer, sin distinción, a todas las reducciones que todavía perseveraban en pie. El P. Pablo de Benavides, uno de los misioneros, corrió en busca del Gobernador Luis de Céspedes, que por entonces se hallaba de paso en Villarrica del Guayrá, y esperó obtener de él algún socorro contra los invasores. Cuando le anunció su embajada, el Gobernador le dijo por de pronto, con cierta frialdad: «Dejad a esos pobres portugueses que se socorran como puedan en su indigencia.» Asombrado

(1) Debieron salir el 13 de Mayo de 1630. Así lo anuncia la víspera el P. Massetta escribiendo al P. Crespo. Río Janeiro, 12 Mayo 1630. Arch. de Indias, 74-3-26.

(2) Massetta a Crespo. San Paulo, 22 Julio 1630, Arch. de Indias, 74-3-26.

el Padre de semejante respuesta, rogó vivamente que se defendiera a los indios y se impidieran las atrocidades que solían cometer los paulistas. Entonces el Gobernador, montando en cólera, le dijo: «Dejad que el diablo se lleve a todos los indios, y escribídselo así a los otros misioneros» (1). Volvióse el P. Benavides con el corazón atravesado de dolor, y dió noticia a los otros Padres del triste despacho que había obtenido en su embajada.

Las circunstancias de esta segunda invasión no variaron de las que habían acompañado a la primera. En todas las reducciones hubo el consabido asalto al pueblo, destrucción de la iglesia, robo de las casas, prisión de los indios, con circunstancias que destrozaron el corazón de los misioneros. Los pobrecitos neófitos corrían a los brazos de los Padres, y éstos, no sabiendo qué hacerse, procuraban a la fuerza defenderlos de los paulistas. Es triste lo que cuentan los PP. Luis Hernote y Montoya, que se hallaban en la reducción de San Javier. «Llegó a tanto, dice Hernote, la maldad e impiedad de los paulistas, que de la misma iglesia y de nuestras celdas y de nuestros brazos nos sacaban a los indios, hiriendo y destrozando todo lo que topaban, y nos vimos obligados tres Padres que allí estábamos, a andar a los porrazos con ellos, para estorbarles tan gran maldad, aunque nos ponían los arcabuces a los pechos muchas veces» (2). El P. Cristóbal de Mendoza, que se hallaba en la reducción de San Antonio, cuenta que rasgaron los paulistas una imagen de Nuestra Señora que estaba en el altar mayor, «y delante de mí, dice, mataron con sus escopetas a dos indios e hirieron a otros y nos robaron nuestra pobreza, y a mí y a otro Padre nos apuntaron con sus escopetas. En su palizada me dieron un flechazo que por poco me matan, y me pusieron las espadas a los pechos» (3).

Por entonces visitaba las reducciones del Guayrá el P. Provincial Vázquez Trujillo. Cuando sobrevino la tormenta juzgó conveniente ir en persona a Villarrica y rogar al teniente del Gobernador que socorriese a los indios. El teniente, que debía tener un poco más de dignidad que el Gobernador, quiso salvar al menos las apariencias y dispuso que salieran 80 españoles y requiriesen a los portugueses de paz. Llegó el escuadrón a la vista de los forajidos; los portugueses hicieron una descarga, de que murió un español; los españoles

(1) Véase en la *Información* citada más arriba la respuesta del P. Benavides.

(2) *Ibid.* Respuesta del P. Luis Hernote.

(3) *Ibid.* Respuesta del P. Mendoza.

contestaron con otra, en que mataron un portugués, y sin hacer más se separaron unos de otros, con lo cual entendieron nuestros Padres, como dice Montoya, que aquel socorro y batalla fué pura comedia y ceremonia. Bien sabían ellos la complicidad escandalosa de Luis de Céspedes. «Los mismos portugueses, refiere el P. Montoya (1), nos dijeron que lo que hacían era con orden del Gobernador, y que estaba casado en su tierra y que les quería mucho y había venido con ellos desde San Paulo, y que así no les estorbaría, y que si viniese allí, antes les ayudaría.» A principios de 1631, de 11 reducciones que tenían los Padres en el Guayrá, quedaron asoladas las nueve, y sólo permanecían en pie, aunque algo mermadas, las primeras de Loreto y San Ignacio. Según calcularon nuestros Padres, en aquellos tres años se habrían perdido cerca de 200.000 indios, entre muertos, cautivados y dispersos por los bosques, pues fueron innumerables los que buscaron un refugio en las selvas y desaparecieron para no volver más a la vida de las reducciones.

4. Esta serie de terribles desgracias, y la seguridad de que era imposible hallar favor en las armas de los españoles, movió a nuestros Padres a tomar una resolución, arriesgada sin duda, pero que pareció la única posible, para salvar algo de las perdidas reducciones, y fué trasladar los indios desde el Guayrá hasta las regiones meridionales del Paraná, donde vivirían muy lejos de los paulistas y más cercanos a poblaciones españolas.

A fines de 1631 resolvió ejecutar este proyecto el P. Francisco Vázquez Trujillo, Provincial del Paraguay. El director de esta obra magna fué, como se deja entender, el P. Montoya (2), Superior de todas aquellas misiones; pero desgraciadamente no parece que poseía todo el talento administrativo que se necesitaba, para llevar a cabo felizmente una empresa tan complicada. Con todo eso, él y los otros misioneros pusieron manos a la obra. Mandaron a los indios construir todas las balsas y canoas posibles, para ir bajando agua abajo por el Paraná hasta el país donde esperaban establecerlos. «Andaba la gente, dice Montoya, toda ocupada en bajar a la playa sus alhajas, su matalotaje, sus avecillas y crianzas. El ruido de las

(1) *Ibid.* Respuesta del P. Montoya.

(2) El mismo P. Montoya nos refiere la historia de esta dolorosa traslación en su libro, tantas veces citado, *Conquista espiritual*, nn. 38-43. Es de sentir que jamás precise la cronología de los sucesos y que intercale en la narración algunos episodios, edificantes sin duda, pero menudos y que recargan la descripción de un hecho tan grandioso.

herramientas, la prisa y confusión, daban demostración de acercarse ya el juicio. Y quién lo dudara viendo a seis o siete sacerdotes que allí nos hallamos consumir el Santísimo Sacramento, descolgar las imágenes, consumir los óleos, recoger los ornamentos, desenterrar tres cuerpos de misioneros insignes que allí sepultados descansaban, para que los que en vida nos fueron compañeros en nuestros trabajos, nos acompañaran también y no quedaran en aquellos desiertos» (1).

Habilitadas bien o mal unas 700 balsas, embarcáronse unos 12.000 indios, que no se pudieron reunir más de los cien mil y tantos que antes se hallaban en las reducciones del Guayrá. Caminaron algún tiempo con tranquilidad, hasta que acercándose al gran salto del Paraná se les ofreció una dificultad inesperada. Los españoles de las villas del Guayrá habían avisado antes al P. Montoya, que ellos no podrían defender a los neófitos, si se repetían las irrupciones de los paulistas, e indicaron que convendría trasladar a otras partes los indios convertidos. Ahora, viendo que este acto se ejecutaba, se armaron unos 100 de aquellos españoles, y formando un campo junto al río, esperaron la llegada de los fugitivos. Olieron los misioneros las malas intenciones con que allí se habían apostado, y efectivamente, era el intento de aquellos grandísimos bellacos arrojarlos de golpe sobre los indios que se retiraban y cautivar todos los que pudiesen de ellos. Noticioso de esto el P. Montoya, adelantóse a toda prisa, entró en aquel palenque de los españoles, y les preguntó si era verdad que estaban allí esperando para esclavizar a los indios. Al verse increpados de este modo, cinco españoles sacaron las espadas y amenazaron atravesarle el pecho a nuestro misionero. Él las apartó de sí y salió de en medio de ellos volviéndose a los indios.

Consultó el caso con los otros misioneros y resolvieron que otros dos Padres se adelantasen a suplicar a los españoles que no cometiesen la fea traición de cerrar el paso a los indios, y cautivarlos como pudieran hacerlo los paulistas. Nada consiguieron estos mensajeros. Segunda vez se adelantó el P. Montoya con otro Padre, y propuso, en términos enérgicos, a los españoles que desistiesen de tan horrible maldad. Como ellos perseverasen en su intento, el P. Montoya, con aire de hombre que toma una resolución, se despidió de ellos diciéndoles que, pues no accedían a los ruegos, se decidiría la cuestión por las armas. Cuando, partido el Padre, reflexionaron los es-

(1) *Conquista espiritual*, n. 38.

pañoles que venían 12.000 indios y que habrían de llegar en son de guerra, concibieron razonable miedo, y temiendo verse oprimidos por aquel enjambre de enemigos, enviaron una cobarde disculpa al P. Montoya y se retiraron de allí (1).

Adelantóse la turba de los pobres indios, y llegando al salto peligroso del Paraná, mandó el P. Montoya que soltaran algunas canoas vacías, para ver si era posible atravesar navegando aquel paraje. Pronto se convencieron de que era imposible, porque el ímpetu del agua, los grandes remolinos y el arrebatado movimiento de la corriente daba con las canoas en ásperos escollos y las volvía todas astillas. Fué, pues, necesario desembarcar y caminar unas 25 leguas a pie por aquellos bosques. Juntóse entonces otro gran grupo de indios que había reunido el P. Pedro de Espinosa entre los dispersos de las regiones del Guayrá, y todos juntos continuaron como pudieron por aquellas selvas casi impenetrables. Pasado el punto peligroso del río, volvieron a fabricar balsas, y se arrojaron otra vez al agua, descendiendo por la corriente, ya más suave. Hubo percances dolorosos, porque muchas balsas, mal fabricadas, se hundieron, y entre otros casos llamó mucho la atención el hundimiento de una madre con dos niños gemelos, a los cuales ya se dió por perdidos; pero encomendándolos a Dios el P. Montoya, asomó algún tanto la pobre mujer a la superficie, y al instante varios indios, fuertes nadadores, asieron de ella y de los niños y los sacaron felizmente a la playa (2).

Después de trabajos tan continuados y terribles, llegaron por fin los restos de las reducciones del Guayrá al sitio que ahora ocupan, a la izquierda del Paraná, las dos reducciones de San Ignacio Miní y Loreto. Allí desembarcaron y procuraron los Padres buscar por todas partes socorros para dar de comer a tanta gente. «Vendimos, dice Montoya, nuestros librillos, sotanas, manteos, ornamentos, cálices y arreos de iglesias, enviándolos a la ciudad de la Asunción por semillas, para que sembrasen los indios. El colegio que allí tenemos y su Rector, que era el P. Diego Alfaro, con liberalidad nos proveyó» (3). Otro auxilio, tal vez más oportuno, les suministró un hidalgo honrado de Corrientes, llamado Manuel Cabral. Poseía este hombre un grandísimo rebaño de vacas, de aquellos que se exten-

(1) *Ibid.*

(2) *Ibid.*, n. 39.

(3) *Ibid.*

dían sin cuento por los bosques del Paraguay. Habiendo entendido la necesidad que padecían los pobres indios transmigrados, dió plena licencia a los misioneros, para que entrasen en su estancia y cogiesen todas las vacas que pudiesen para socorrer a los indios.

Aprovechándose de esta licencia, el P. Montoya, el P. Espinosa y un gran número de indios entraron por aquellos bosques, y con buena felicidad recogieron en poco tiempo más de 40.000 vacas. Conducido este ganado a las reducciones de Loreto y de San Ignacio, se mataban cada día 12 o 14 vacas, con lo cual se daba a cada indio una porción limitada, pero bastante para que no muriese de hambre. Era terrible la necesidad que aquellos pobres padecían. «Comían, dice Montoya, los cueros viejos, los lazos, las melenas de los caballos, y de un cerco que teníamos de palos en nuestra casa, quitaron de noche las correas, que eran de cuero de vaca. Sapos, culebras y toda sabandija que sus ojos veían no se escapaban de sus bocas» (1). Otro acto de voracidad de estos indios fué que todas las semillas de maíz y de otras plantas que el P. Alfaro les había enviado para hacer las sementeras, en vez de sembrarlas se las comían, y fué preciso que el mismo Padre misionero se adelantase a recoger lo que se enviaba de la Asunción, y obligase a todos a sembrar en presencia suya, temeroso de que devorasen lo que habían de sembrar. De esta manera empezaron, no diremos a florecer, pero sí a subsistir en las orillas del Paraná las dos reducciones de San Ignacio y Loreto, que antes habían estado situadas al Norte, a orillas del Parana-pané, y se agregaron también a aquellas reducciones los restos que pudieron salvarse de algunos pueblos septentrionales.

Mientras de este modo se afanaban los Padres por aliviar la suerte de los indios, fué sacrificado repentinamente por los salvajes el P. Pedro de Espinosa, uno de los que más habían trabajado en aquella transmigración. Envióle el P. Montoya para buscar ovejas en Santa Fe y en otros pueblos de donde pudiera traerlas a San Ignacio Miní. Volviendo una vez, a media noche, con el rebaño que había podido juntar, tropezó de repente con indios gentiles, fieros y desalmados, los cuales se apoderaron de las ovejas, y rodeando al P. de Espinosa, le mataron a puros palos. Desnudaron el cadáver, y lo arrojaron allí entre los bosques, donde lo devoraron los tigres. Algunos indios que pudieron escapar de aquel desastre anunciaron al P. Montoya la muerte del misionero. Acudió para recoger sus

(1) *Ibid.*

restos, «y sólo pudimos, dice el mismo Montoya, haber un brazo y una pierna, a que dimos sepultura» (1). No mucho después, en 1635, alcanzó también la misma suerte el P. Cristóbal de Mendoza, sacrificado inhumanamente por algunos hechiceros de aquellos que tanto se oponían a los trabajos evangélicos de nuestros Padres (2).

5. Respiraban algún tanto, después de tantos trabajos, nuestros gloriosos apóstoles, cuando el año 1636 se repitió la misma tribulación, y los paulistas que habían asolado antes las reducciones del Guayrá, acometieron casi simultáneamente a las de los itatines, al Oeste del Paraguay, y más aún a las del Tape, al Sur del Brasil.

Pocas noticias tenemos de lo que hicieron entre los itatines (3). Sólo sabemos que cometieron los desafueros acostumbrados y los degüellos y cautiverios usados en otras reducciones, por lo cual se vieron obligados los Padres a trasplantar las cristiandades fundadas a otras regiones meridionales, donde estuviesen más lejos de sus agresores. Sobre la invasión del Uruguay y del Tape tenemos noticias más circunstanciadas, por haberse hallado presentes el P. Antonio Ruiz de Montoya y el P. Diego de Boroa, entonces Provincial del Paraguay. El 3 de Diciembre de 1636 presentáronse algunos centenares de paulistas, con un cuerpo de 1.500 tupíes, en la reducción de Jesús María. Los indios, que ya para entonces estaban determinados a defenderse como pudiesen con las toscas armas que usaban en su estado salvaje, hiciéronse fuertes en la iglesia, y animados por el P. Cura y por un Hermano coadjutor, pelearon seis horas, resistiendo firmemente los asaltos del enemigo. El Padre recibió una herida en la cabeza, y el Hermano tuvo un brazo atravesado por una bala. Probablemente no se hubieran rendido los neófitos si los enemigos no hubieran acertado a prender fuego a la iglesia. Habiendo disparado varias saetas inflamadas, por fin una de ellas excitó grave incendio, y los indios se vieron obligados a salir de entre las llamas y entregarse a los paulistas. ¿Qué hicieron estos desalmados? Oigamos lo que nos cuenta el P. Montoya: «Abrieron (los neófitos) un portillo, y saliendo por él al modo que el rebaño de ovejas sale de su majada al pasto, como endemoniados acudían aquellos fieros tigres al portillo, y con espadas, machetes y alfanges

(1) *Ibid.*, n. 44.

(2) *Ibid.*, n. 71.

(3) Véase en el Archivo de Indias, 70-2-9, una carta del P. Durán al Virrey del Perú, dada en Lima el 16 de Mayo de 1638, en la cual refiere en sustancia lo que le ha escrito desde el Paraguay el P. Boroa.

derribaban cabezas, tronchaban brazos, desjarretaban piernas, atravesaban cuerpos, matando con la más bárbara fiereza que el mundo vió jamás, a los que huyendo del fuego encontraban con sus alfanges... Sin encarecimiento digo que aquí se vió la crueldad de Herodes, y con exceso mayor, porque aquél, perdonando a las madres, se contentó con la sangre de sus hijuelos tiernos, pero éstos ni con la una ni con la otra se vieron hartos» (1).

A cuatro leguas de esta reducción se levantaba otra llamada de San Cristóbal. Los paulistas, después de cautivar a todos los indios que les parecieron útiles en la reducción de Jesús María, se adelantaron, para hacer otro tanto, a la de San Cristóbal. También en ésta resistieron los indios fieles por largas horas. «Riñeron, dice Montoya, porfiadamente por espacio de cinco horas, y durara más la batalla si la noche no quitara el día, y con ser las armas tan desiguales, los indios desnudos, los paulistas fuertemente armados hasta con mosquetes, aquéllos, con flacas cañas de saetas, los hicieron retirar dos veces a un bosque y les tuvieron casi ganada la bandera» (2). Por fin, habiendo logrado pegar fuego a la iglesia, siguieron adelante los paulistas, dejando el pueblo de San Cristóbal.

Escenas parecidas se repitieron en la reducción de Santa Ana, adonde llegó el enemigo para el día de Pascua de Navidad. Concurrió a ella el P. Montoya, Superior de las misiones, que se hallaba por entonces algo lejos. Corrió con toda prisa a la reducción de Santa Ana, «donde hallé, dice, una confusión terrible. Pasámonos la noche entera en el desvelo que pedía el remedio a tales males. La conclusión fué mudar la gente de este pueblo y la de San Cristóbal al de Natividad, por estar algo fuerte por un río que sería de estorbo a los enemigos y sólo cuatro leguas al Este». Allí se prepararon para la defensa, y parece que el enemigo no se atrevió a acometerlos, pero destruyó todo lo que pudo en la misma reducción de Santa Ana. El P. Diego de Boroa, Provincial entonces del Paraguay, acudió también para ver si podía hacer algo en favor de los pobres cristianos. «Fuimosle acompañando, dice Montoya, algunos Padres, y hallamos en San Cristóbal veinte cuerpos muertos con crueles machetazos y balazos. Detuvimos a darles sepultura... Llegamos después al palenque que habían hecho en Jesús María donde fué la primera refriega... Saliónos al encuentro un hedor terrible de muertos, cuyo número

(1) *Conquista espiritual*, n. 75.

(2) *Ibid.*, n. 76.